

**CULTURA, SUJETO Y CONSTITUCIÓN
DE UNA CRÍTICA LITERARIA:
NUESTRA AMÉRICA DE JOSÉ MARTÍ Y
SEIS ENSAYOS EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESIÓN
DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA**

A lo largo de nuestro siglo, al plantearse una propuesta cultural, suele darse por sentado que debe surgir y desarrollarse en una geografía concreta a la cual está vinculado ese proyecto.¹ Se supone que una cultura explica o está íntimamente ligada a una tierra, a un espacio geográfico concreto y a sus habitantes. Sucede con la cultura algo semejante a lo que se advierte a la hora de reflexionar sobre la nación: se presume que remite fundamentalmente a una geografía definida. Algunas de las propuestas y discursos que se han desarrollado en el Caribe apuntan, en efecto, a esa manera de entender la producción cultural. En los años treinta, por ejemplo, tanto el ensayista puertorriqueño Antonio S. Pedreira como el entonces poeta y ensayista cubano José Lezama Lima conciben la cultura de sus respectivos países bajo el signo de la insularidad. Como lectores de Oswald Spengler, estos dos escritores se hacen eco de uno de los postulados recurrentes de *La decadencia de Occidente*: el hecho de que toda cultura se funda en el paisaje en que le ha tocado desarrollarse.²

Sin embargo, ni la insularidad ni esta forma de concebir la cultura atándola a una geografía constituyen la única propuesta que han articulado los escritores caribeños de nuestro siglo. Tampoco se puede afirmar que las propuestas culturales caribeñas se hayan generado únicamente en el espacio geográfico del Caribe. A lo largo de los siglos el contacto histórico que han tenido las islas del Caribe entre sí, así como los movimientos migratorios a Estados Unidos, Latinoamérica y Europa, han contribuido a la constitución de un mapa cultural caribeño disperso y dinámico. Podría pensarse en varios ejemplos: los tabaqueros cubanos que se desplazaron a la Florida, o los trabajadores puertorriqueños de la caña de azúcar que trabajaron en Cuba y la República Dominicana.

¹ Este proyecto recibió el apoyo del Fondo Institucional para la Investigación de la Universidad de Puerto Rico (Recinto de Río Piedras). Agradezco la colaboración de Carmen L. Fuentes Lasanta, mi ayudante de investigación a lo largo del año académico de 1995-1996, así como las sugerencias bibliográficas de Laura Rivera Díaz.

² "A Culture is born at the moment when a great soul awakens out of the protospirituality of ever-childish humanity, and detaches itself, a form from the formless, abounded and mortal thing from the boundless and enduring. It blooms on the soil of an exactly-definable landscape, to which plant-wise it remains bound". *The Decline of the West* (Traductor: Charles Francis Atkinson) (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1932) 106.

Ambos grupos han ido configurando otras propuestas políticas y culturales. De igual manera, en el siglo XIX, el hecho de ser Cuba y Puerto Rico las últimas colonias de España en América generó una resistencia cultural y política que mantuvieron viva —en el exilio— escritores e intelectuales tales como José Antonio Saco, Eugenio María de Hostos, Lola Rodríguez de Tió y Ramón Emeterio Betances. La segunda guerra de independencia de Cuba también se fraguó en el exilio: en la ciudad de Tampa, Florida y en la ciudad de Nueva York. En ese proceso interviene de manera decisiva José Martí, a quien se ha visto como la figura con la cual culmina la trayectoria de los otros intelectuales migrantes del siglo XIX caribeño.³

Me propongo seguirle el rastro a un proyecto cultural que articularon dos ensayistas caribeños —José Martí y Pedro Henríquez Ureña— fuera de sus países de origen, en plena diáspora. De cierto modo, me interesa reconstruir el mapa que trazan unos sujetos trashumantes al llevar a cabo un intercambio cultural fuera del Caribe: en dos ciudades de la modernidad (latino) americana: Nueva York y Buenos Aires.

Es muy conocida la trayectoria de José Martí. Por su lucha anticolonial, lo destierran a España, y luego se exilia en las capitales de varios países latinoamericanos: México, Guatemala y Venezuela. Reside también unos quince años en la ciudad de Nueva York. A partir de 1882 colabora regularmente con el diario *La Nación* de Buenos Aires. En 1892, poco después de haber publicado “Nuestra América”, funda el Partido Revolucionario Cubano, organismo político separatista que dirige, desde la diáspora, la lucha de independencia de Cuba.⁴ Pocos días después de volver a su país, en 1895, muere en el campo de batalla.

Igualmente en la diáspora se desarrolla la trayectoria del dominicano Pedro Henríquez Ureña: de su país natal se desplaza a los Estados Unidos, México y España, y, finalmente, se establece en la Argentina, donde escribe sus textos más difundidos, entre ellos, los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, libro publicado en Buenos Aires en 1928. Parto de la siguiente hipótesis: Martí pone a circular un discurso de la autoctonía política y cultural que Henríquez Ureña retoma y traslada, unos años después, a un campo más especializado: el de la historia y la crítica literarias.⁵ Esta propuesta cultural se genera en el exilio, se nutre de otros discursos y sucesos históricos, y, finalmente, repercute

³ Ver el ensayo de Gordon K. Lewis, “Migration and Caribbean Consciousness” en *Migration and Caribbean Cultural Identity. (Selected Papers From Conference Celebrating the 50th Anniversary of the Center for Latin American Studies)* (Gainesville: Center for Latin American Studies, University of Florida, 1982) 10-22.

⁴ “Nuestra América” se publica en *La Revista Ilustrada* de Nueva York el 1ero de enero de 1891. Se reproduce el 31 del mismo mes y año en *El Partido Liberal* de México.

⁵ Sobre la presencia de la temática martiana —en general— en la obra de los tres hermanos Henríquez Ureña (Pedro, Max y Camila), ver el artículo de Yolanda Ricardo, “Martí en los Henríquez Ureña”, *Anuario L/L del Instituto de Literatura y Lingüística* (La Habana) 26 (1995): 4-24.

en el ámbito cultural más amplio de los países hispanoamericanos.

El acercamiento que empleo al ensayo hispanoamericano difiere del enfoque temático que se ha difundido en los estudios sobre este género.⁶ La temática de los textos ensayísticos —la identidad cultural, nacional o continental— formará parte de mi reflexión, pero sólo en la medida en que ayude a rastrear la presencia y la articulación de unos sujetos ensayísticos. Entiendo por sujeto ensayístico un efecto que se crea en el texto, y que recuerda la “función de autor” acuñada por Michel Foucault.⁷ Más que a un referente individual fijo, remite a una serie de posiciones que pueden ocuparse o a unos efectos que pueden lograrse en un texto. Sostengo, por otro lado, que esos objetos verbales que llamamos ensayos culturales hispanoamericanos no son transparentes, ni están desprovistos de retórica. En lugar de homogeneizar las distintas inflexiones y posiciones de esos sujetos y convertirlas en unidades abstractas o temáticas, me interesa destacar todo lo contrario: cómo difieren los sujetos a través de los cuales se articulan los planteamientos de los ensayos. En términos metodológicos, el estudio detenido de los sujetos tiene la ventaja de permitirnos rastrear las marcas concretas de la escritura ensayística a lo largo de su historia.

Considero que en el momento de su constitución —a fines del siglo pasado— el género se escinde en dos líneas fundamentales: por un lado se produce un tipo de ensayo cuyo sujeto destaca la alianza cultural y se caracteriza por ser —en mayor o menor medida— democratizante; por el otro, un sujeto que se constituye en defensor de la alta cultura y tiende a verla como producto de un grupo selecto. La primera línea de ensayos arranca de *Nuestra América* (1891) de José Martí, mientras que la segunda tiene en *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó su texto fundador. Se inician con ellos dos líneas que desembocan en obras o modalidades posteriores. La base pre-literaria de esta escisión tal vez habría que buscarla en la democratización que surge en las últimas décadas del siglo XIX, y que se desarrolla considerablemente en las primeras del siglo XX. Se trata de un proceso que esbozó un crítico de Martí y, de cierto modo, un heredero de Henríquez Ureña. Me refiero a las observaciones que hace Ángel Rama en el último capítulo de *La ciudad letrada*.⁸

En lo que sigue se explora la manera en que se desarrolla y viaja a lo largo de las Américas el discurso de un sujeto que se construye planteando y

⁶ Es el caso, por ejemplo, del libro de Martin S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*, (Traductor: Mario Giacchino) (Caracas: Monte Avila Editores, 1969).

⁷ Ver “What is an Author?” en *Language, Counter-Memory, Practice* (Traductores: Donald F. Bouchard y Sherry Simon) (Ithaca: Cornell University Press, 1977) 130-131. Allí, señala Foucault sobre la “función de autor”: “...it does not refer, purely and simply, to an actual individual insofar as it simultaneously gives rise to a variety of egos and to a series of subjective positions that individuals of any class may come to occupy”.

⁸ “La ciudad revolucionada”, en *La ciudad letrada* (Hanover: Ediciones del Norte, 1984) 137-176.

defendiendo la autoctonía cultural y política. Concretamente, se trata del sujeto que se articula en el ensayo más conocido de José Martí: "Nuestra América".

La autoctonía cultural y política que defiende este autor caribeño surge, paradójicamente, en el espacio del exilio. Sin negar la lucha anticolonial y antiimperialista que hay detrás de este texto, creo que el propio exilio de Martí contribuye a entender la constitución de su sujeto de alianzas. Frente al desgarramiento del exilio, Martí trata de reconstituir un espacio de lo familiar. Las estrategias de construcción de una alianza cultural, cifradas metafóricamente en la concordia familiar, son una manera de aliviar el desgarramiento del exilio. Edward Said ha planteado que el exilio puede entenderse como "la grieta insalvable producida por la fuerza entre un ser humano y su lugar de nacimiento, entre el yo y su verdadero hogar".⁹ Añade Said: "Producto de seres humanos sobre otros seres humanos, [el exilio] desgarrar a millones de las fuentes de su tradición, de su familia y su geografía". (Said, 3). Posiblemente, entonces, las alianzas culturales y la retórica de la concordia familiar de "Nuestra América" podrían remitir a la propia experiencia del exilio.

En uno de los primeros párrafos, el sujeto destaca la importancia de la unión entre los pueblos americanos, y hace énfasis en la concordia familiar.

Los [pueblos] que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano.¹⁰

Julio Ramos ha estudiado la importancia de la metáfora de la familia en este texto.¹¹ Ampliando sus acertadas aseveraciones, se puede afirmar que el sujeto conjuga y explota por lo menos tres de las acepciones de lo familiar: lo familiar en el sentido de lo conocido, lo propio, lo "nuestro"; lo familiar como aquello que se representa mediante una retórica de las relaciones familiares, en las cuales, como se sabe, puede haber lo mismo concordia que tirantez y antagonismo; y lo familiar, por último, como sinónimo de un lenguaje aparentemente sencillo y, sobre todo, de unos enunciados que pretenden prescindir de alusiones eruditas.¹² Esa retórica de lo familiar la han empleado tanto la política

⁹ "Recuerdo del invierno", en *Punto de vista* (Buenos Aires) (Traducción de Beatriz Sarlo) 7.22 (1984): 3.

¹⁰ *Nuestra América* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977) 26. En lo sucesivo, citaré por esta edición indicando el número de página. Abreviaré: NA.

¹¹ Ver "Nuestra América: arte del buen gobierno" en *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989) 229-243.

¹² Surge aquí otra diferencia entre "Nuestra América" y *Ariel* de Rodó. En el texto de Rodó, el sujeto exhibe un capital cultural mediante alusiones eruditas frecuentes, mientras que en el de Martí se intenta presentar un mensaje despojado de erudición libresco. Se sabe, sin embargo, que en "Nuestra América" se alude a la Biblia y a los textos de Domingo Faustino Sarmiento, entre otros.

latinoamericana como el propio ensayo culturalista.

Habría que destacar la elaboración de esta retórica de lo familiar. “Nuestra América” se puede leer como un espacio en el que una serie de sujetos libran una pugna de territorios culturales y políticos. Se crea, en primer lugar, un espacio de la identidad en el cual se plantea una alianza cultural entre los criollos dirigentes y los otros sectores anteriormente silenciados en las propuestas culturales: los negros, los indios y los campesinos. Esos sectores antes ignorados constituyen lo que Horacio Cerutti Guldberg denomina las voces referidas del ensayo: el autor recoge en su discurso los argumentos, el punto de vista y las demandas del otro.¹³ (Sin embargo, habría que añadir a lo que plantea Cerutti Guldberg que ese recoger demandas del otro y esa *alianza* no suponen un pacto entre iguales, sino más bien un acuerdo frente a un enemigo común. Los criollos siguen siendo aquí el sector dirigente). El sector de los aliados figura en “Nuestra América” metafóricamente como el de los hijos dedicados a atender y acompañar a la Madre América que se encuentra postrada. De esta configuración intersubjetiva está ausente la figura paterna, aunque se podría plantear que el sujeto ensayístico se coloca en su lugar. En lo que se ha conocido en distintas ediciones como el libro *Nuestra América*, vemos que los próceres son, en más de un sentido, el padre ausente.¹⁴ Simón Bolívar, en particular, es objeto de varios textos en los que se destaca su figura.

En su afán por subrayar la innegable dimensión latinoamericanista de “Nuestra América”, la crítica suele olvidar que toda esta figuración familiar posee también unos vínculos con el desarrollo del pensamiento caribeño. Hay otro ámbito en el que podemos encontrarle “padres” a este texto. Ese sujeto dado a las alianzas culturales entronca con una línea discursiva que recorre tanto el pensamiento decimonónico caribeño en general como el cubano en particular. Un antecedente de este sujeto de alianzas es la *Moral social* de Eugenio María de Hostos. En otro género —en el del tratado—, Hostos presenta un discurso centrado en la colaboración y las *relaciones* sociales. Además, existe una discursividad moral y emancipatoria que recorre el siglo XIX cubano, y que se cifra en la obra de José de la Luz y Caballero quien plantea, en *Elenco* de 1840, que “el hombre no nació para el egoísmo, sino para la expansión”.¹⁵ Otros

¹³ Ver Horacio Cerutti Guldberg, “Hipótesis para una teoría del ensayo. (Primera aproximación)”, en H. Cerutti Guldberg (recopilador), *El ensayo en nuestra América. Para una reconceptualización* (México: Universidad Autónoma de México, 1993) 17.

¹⁴ En la edición de la Biblioteca Ayacucho de Caracas, esto se observa en varios textos, entre los cuales se pueden mencionar: “Respeto a Nuestra América”, “Buenos y malos americanos. Fiesta en París en honor del General San Martín”, “Discurso de la Sociedad Literaria Hispanoamericana (‘Madre América’)” y “Simón Bolívar”.

Una de las ediciones más divulgadas del libro *Nuestra América* es la que hizo Pedro Henríquez Ureña para la Editorial Losada en 1939, en la colección *Grandes Escritores de América* que él mismo dirigió.

¹⁵ Ver el ensayo de Rafael Rojas, “El discurso de la frustración republicana en Cuba” en H. Cerutti Guldberg (recopilador), *El ensayo en nuestra América* (México: Universidad Nacional Autónoma de

pensadores cubanos cuya obra ejemplifica este discurso son Domingo del Monte, Manuel González del Valle y José Manuel Mestre. Hacia el fin de siglo, este discurso desemboca en la obra de Martí. Rafael Rojas ha visto cómo esta línea debatió a lo largo del siglo XIX cubano con otro discurso más utilitario y orientado hacia una racionalidad técnica y capitalista. José Antonio Saco constituye uno de los exponentes principales de esa otra línea discursiva. (Rojas, 1993, 409).

Volviendo a “Nuestra América”, frente al sector de la *concordia familiar* se encuentra otro que podríamos denominar el de las *alteridades*. Se alude a esos “otros” al principio y hacia el final del ensayo. Su presencia amenazante se encuentra en el marco de este texto, en cuyo interior se sitúa la alianza familiar. Es como si se planteara que hay que encargarse de señalar a los miembros excluidos de la alianza al entrar a la “casa del ensayo” —al ámbito de lo familiar— y al salir de ella y echar la mirada sobre los vecinos. El primer sector excluido lo constituyen los “sietemesinos” o dirigentes americanos que han querido gobernar a la Madre América a partir de libros y doctrinas extranjeras. El segundo remite al “vecino formidable” (NA, 32): los Estados Unidos de América. Ese vecino habita cerca del espacio familiar, pero, sin duda, vive fuera de la casa. En otro pasaje se recalca la centralidad que cobra la metáfora familiarista de la casa para el sujeto: ese vecino no “ve la casa como nosotros la vemos” (NA, 32).

En mayo de 1895, cuatro años después de la publicación de “Nuestra América”, José Martí muere en el campo de batalla en Dos Ríos. Sin embargo, su propuesta de un sujeto americanista de alianzas culturales repercute en varios textos ensayísticos del siglo XX en Hispanoamérica. Desde José Carlos Mariátegui hasta Roberto Fernández Retamar se da un desarrollo o una intensificación de los elementos que ya están presentes en el ensayo martiano. Incluso, se podría argüir que su propuesta desemboca en la constitución de otro género: el testimonio, modalidad cuyo dispositivo textual dramatiza de manera patente la alianza de culturas. En el testimonio, la cultura letrada establece una alianza con un sector marginado o ignorado. El sector letrado (que puede estar representado por escritores, periodistas, etnólogos o historiadores) firma el libro, pero transcribe la palabra del sector no letrado o marginado con cuya causa se identifica en una coyuntura histórica.

Además de la obra de Mariátegui, la ensayística de Pedro Henríquez Ureña inscribe el discurso de la autoctonía y, hasta cierto punto, la dimensión democrática del sujeto martiano de alianzas culturales, en particular en lo que se refiere a la educación.

Al igual que la trayectoria de Martí, la de Pedro Henríquez Ureña es rica en desplazamientos. Muy joven, abandona la República Dominicana. Cursa

México, 1993) 389-432. Sobre un tema semejante, ver otro artículo de Rojas: “La política como martirio. Sacrificios paralelos”, *Nómada* (San Juan) 2 (1995): 11-17.

estudios de maestría y doctorado en literatura en los Estados Unidos, y luego estudia derecho en México. En ese país forma parte integral de la actividad intelectual en dos etapas o períodos: con la creación del Ateneo de la Juventud en 1909, y más tarde, en los años veinte, colabora con José Vasconcelos, quien dirigía la Secretaría de Educación. Esta colaboración fue deteriorándose gradualmente, en parte, según se plantea en una biografía del intelectual dominicano, por el autoritarismo de Vasconcelos.¹⁶ En 1921, se celebra el Primer Congreso Internacional de Estudiantes en México, al cual acude Henríquez Ureña en calidad de delegado de la Liga Nacional de Estudiantes de Santo Domingo. En esa actividad se dieron cita estudiantes universitarios de distintos puntos de Hispanoamérica, con una destacada participación de los alumnos argentinos y peruanos. Henríquez Ureña traba amistad con un grupo de universitarios argentinos.¹⁷ En los próximos años, esta amistad habría de influir en su decisión de mudarse a la Argentina en 1924. Enseña primeramente en un colegio secundario en La Plata y, más tarde, se radica en Buenos Aires. Va y viene entre ambas ciudades hasta el día en que muere. Además de dedicarse a la cátedra y a una intensa labor, tanto en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires como en la Editorial Losada, Henríquez Ureña también participó en un proyecto relacionado con la Reforma Universitaria: la fundación de la Universidad Popular Alejandro Korn en 1936.¹⁸

Aquí habría que recordar, aunque sea brevemente, los aspectos fundamentales de ese crucial movimiento social que fue la Reforma Universitaria, con el cual simpatiza y colabora Henríquez Ureña. La Reforma Universitaria que se inicia en Córdoba, Argentina, en 1918, se podría ver como una puesta en práctica de las alianzas culturales y del discurso democrático que figura en la ensayística de Martí. Sin querer plantear un caso de "influencia directa" del discurso martiano, pueden, sin embargo, señalarse las afinidades que hay entre ambos proyectos. Cabe recordar que una parte integral de las posiciones del

¹⁶ Sobre las tensiones que surgieron entre Vasconcelos y Henríquez Ureña, ver el libro de Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía* (México: Siglo XXI, 1993) 96-99.

¹⁷ Ver el testimonio del dirigente estudiantil argentino Arnaldo Orfila Reynal, "Recuerdo de Pedro Henríquez Ureña", *Casa de las Américas* (La Habana) 24.144 (1984): 15-17. Sobre los datos biográficos de Henríquez Ureña, también se pueden consultar el ensayo de Luis de Arrigoitia, "Pedro Henríquez Ureña. (1884-1946), humanista americano", en *Actas del Primer Simposio Humanístico del Sur* (Ponce: Universidad Interamericana de Puerto Rico, 1985) 7-38, así como el de Emilio Carilla, "Pedro Henríquez Ureña: biografía comentada", *Revista interamericana de bibliografía* 27.3 (1977): 227-239.

¹⁸ Sobre la diversidad de puestos que desempeñó Henríquez Ureña en este medio intelectual argentino de los años veinte, comenta Orfila Reynal: "Pedro no abandonó su modesta tarea de profesor de la escuela secundaria de La Plata, ni de nuestra Universidad Popular. Iniciaba su trabajo matinal en la editorial o en la Universidad, y en el tren de la una de la tarde viajaba a La Plata con el gran grupo de profesores, de investigadores, de funcionarios que habían aprendido a vivir a sesenta kilómetros del lugar de sus tareas para no alejarse de la vida de la metrópoli. Pedro, al terminar sus clases del Colegio, se acercaba a nosotros en la Universidad Popular y ahí continuaba su diálogo, su enseñanza". (Orfila Reynal, 16-17).

sujeto de “Nuestra América” es la defensa de una educación democrática y americanista.¹⁹ Una fuente primaria fundamental sobre la Reforma Universitaria es “La nueva generación americana” de Deodoro Roca, discurso de clausura del Congreso de Estudiantes celebrado en Córdoba en julio de 1918, en el cual se lee gran parte de su programa americanista.²⁰

La Reforma Universitaria forma parte de un período de democratización por el cual atravesó la sociedad argentina a partir de 1916, con la llegada a la presidencia de Hipólito Irigoyen.²¹ Con él acceden al poder los sectores medios que vienen a sustituir a la oligarquía terrateniente.²² Al declararse en huelga en junio de 1918, los estudiantes de Córdoba reclaman una mayor participación en la toma de decisiones de la universidad, piden que la universidad adquiera una orientación social democrática que se manifestaría en la exención de los derechos de matrícula y en el abrir sus puertas a un mayor número de integrantes de la sociedad argentina. Muchos de los estudiantes que participan en la Reforma crean más tarde las universidades populares, en las cuales los trabajadores podían asistir a clases nocturnas que impartían los propios alumnos y demás intelectuales que simpatizaban con la Reforma. Según el historiador José Luis Romero, estas universidades populares constituyen uno de los resultados más importantes de la Reforma Universitaria.²³ Como dato curioso, se puede mencionar el hecho de que la institución paralela que surge en Cuba en los años veinte, se llama Universidad Popular José Martí.²⁴

Varios aspectos de la ensayística de Martí son compatibles con el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918. Ambos proyectos poseen una

¹⁹ Señala Martí en “Nuestra América”: “La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia” (NA, 29).

²⁰ Este discurso se reproduce en Gabriel del Mazo (recopilador), *La Reforma Universitaria. Ensayos críticos (1918-1940)*, Tomo III (La Plata: Edición del Centro Estudiantes de Ingeniería, 1941) 7-10.

²¹ Entre la amplia bibliografía que existe sobre la Reforma Universitaria, ver el ensayo de Gabriel del Mazo, “Lo que significa la Reforma” en *La Reforma Universitaria en América Latina. Análisis y documentos* (Leiden, Holanda: Cosec y Conferencia Internacional de Estudiantes, 1959) 17-44; y el libro de Joseph Maier y Richard W. Weatherhead (recopiladores), *The Latin American University* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1979). Ver también José Luis Cosmelli Ibáñez, *Historia cultural de los argentinos. Tomo II. Desde 1852 a la actualidad* (Buenos Aires: Editorial Troquel, 1975) y Félix Luna, *Conflictos y armonías en la historia argentina* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982).

²² Entre las medidas reformistas que tomaron los radicales, se encuentran el reducir la jornada de trabajo y limitar el poder de los terratenientes sobre sus peones y arrendatarios. También comienzan a funcionar legalmente los partidos políticos y los sindicatos. De igual modo, apoyaron la Reforma Universitaria. Sobre estos datos, ver “El país entre la primera y la segunda guerras mundiales” de Iván Kumarián y Vladimir Revunénkov en V. Gamutilo, Z. Románova, A. Shtrájev y otros, *Argentina: historia y contemporaneidad* (Moscú: Academia de Ciencias de la URSS, 1986) 57-58.

²³ Ver su ensayo “University Reform” en el libro recopilado por Maier y Weatherhead, pp. 135-146.

²⁴ Ver el ensayo de Mario Coma, “La Reforma en el Perú”, incluido en *La Reforma Universitaria en América Latina*, pág. 137.

orientación americanista y democrática. Si el sujeto ensayístico de “Nuestra América” insiste en apartarse del libro o del pensamiento importados, los universitarios de la Reforma señalaron las limitaciones de la supeditación imitativa de los ejemplos europeos (Del Mazo, 1959, 21-22). La cautela del sujeto mariano ante la penetración política y económica de los Estados Unidos se corresponde, *mutatis mutandis*, con los planteamientos directamente antiimperialistas de la Reforma Universitaria.²⁵

Más allá del mero dato de la amistad que entabla Henríquez Ureña con los universitarios argentinos en México, en 1921, hay un aspecto de la Reforma que más tarde habría de relacionarse con la labor crítica del intelectual dominicano. A diferencia de la universidad positivista de fines de siglo, en la institución que visualizaban los estudiantes de Córdoba se debía dar peso a los estudios humanísticos y a las materias de carácter social (Del Mazo, 1959, 19-20). Importa también destacar que a raíz de la Reforma Universitaria de Córdoba se incrementan los estudios de las humanidades en la Universidad de Córdoba y en otras universidades latinoamericanas.²⁶ Esta integración humanista de la Universidad facilitará la posterior profesionalización de la carrera literaria, proceso en el cual la crítica de Henríquez Ureña desempeña un papel central, tanto en la Argentina como en otros países latinoamericanos. Se trata de otro momento en que las ideas atraviesan las fronteras de su lugar de origen y viajan.

Llegamos a la última parada de este viaje discursivo que se inicia con la diáspora caribeña y nos ha llevado al Cono Sur. Antes de desembarcar, recuerdo unas palabras de Edward Said que resumen buena parte de lo que se ha planteado hasta aquí.

Al igual que las personas y las escuelas de crítica, las ideas y las teorías viajan: de persona a persona, de una situación a otra, de un período histórico a otro. Por lo general, la vida cultural e intelectual se nutren —y a menudo se sostienen— de la circulación de ideas. Ya bien sea a través de la influencia asumida o inconsciente, el préstamo creativo o la apropiación sana, el desplazamiento de ideas y teorías de un lugar a otro es un hecho y una condición de posibilidad muy provechosa de la actividad intelectual.²⁷

La propuesta de la autoctonía cultural que leemos en *Nuestra América* viaja y sufre, en su desplazamiento, algunas transformaciones. Ante todo, hay que recordar el contexto en el que se publican los *Seis ensayos en busca de nuestra*

²⁵ Ver el documento de 1920 titulado “Denuncia del imperialismo mundial. Manifiesto de la Federación Universitaria Argentina al Pueblo de la República” en Gabriel del Mazo, (recopilador), *La Reforma Universitaria. Propagación americana (1918-1940)* Tomo II (La Plata: Edición del Centro Estudiantes de Ingeniería, 1941) 13-14.

²⁶ Orlando Albornoz, “Models of the Latin American University”, en Maier y Weatherhead (recopiladores), 127.

²⁷ “Traveling Theory” en *The World, the Text and the Critic* (Cambridge: Harvard University Press, 1983, traducción mía) 226.

*expresión en el Buenos Aires de 1928. Se trata de un momento en el que se ha alcanzado una mayor especialización del trabajo intelectual, algo de lo cual el propio Henríquez Ureña cobra conciencia. Unos años más tarde, al estudiar el modernismo finisecular en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, destacará que “La transformación social y la división del trabajo disolvieron el lazo tradicional entre nuestra vida pública y nuestra literatura”.²⁸ A la altura de los años veinte, el proceso al cual se alude en la cita anterior se ha intensificado. La literatura ha dejado de ser un instrumento para la creación de estados nacionales, y ha pasado a ser una actividad relativamente autónoma. Acompañando estos cambios, en la ensayística de Henríquez Ureña, surge, entonces, el primer *corpus* de reflexiones sobre la totalidad de la literatura hispanoamericana. Con anterioridad a esto, a lo largo del siglo XIX, se escribieron varias historias de literaturas nacionales que constituían prácticas discursivas cuya finalidad era reforzar la consolidación del estado nacional.²⁹ Desde la historia de la literatura peruana que publica José Manuel Valdez y Palacios en 1844 hasta la del argentino Ricardo Rojas, que aparece entre 1917 y 1922, estas historias literarias, según apunta Beatriz González Stephan, carecieron de una dimensión americanista, totalizadora. A esto se podría añadir que Hispanoamérica había producido su primer movimiento continental con el modernismo. Por lo tanto, era hora ya de emprender una reflexión igualmente abarcadora sobre la literatura hispanoamericana.*

La ausencia de una crítica y una historia literarias de dimensiones americanistas comienza a suplirse a partir de los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Allí se encuentran una primera formulación del canon de la literatura hispanoamericana y un documento constitutivo del campo literario en el cual se formuló. Se entiende aquí por campo literario una compleja red de proyectos y prácticas, corrientes o polos —acompañados de sus instituciones y medios de difusión— que pueden coexistir en un momento dado y establecer campos de luchas y relaciones de fuerzas.³⁰ Una de las instituciones fundamentales de ese momento —los años veinte— es la crítica literaria de Pedro Henríquez Ureña.

En un estudio acerca de la formación del canon literario, John Guillory advierte que el armar un canon no es únicamente una operación mediante la cual se incluyen o excluyen una serie de textos o escritores, se representan o se dejan de lado una serie de grupos, sino que también acarrea un proceso de

²⁸ *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (Traducción de Joaquín Díez-Canedo) (México: Fondo de Cultura Económica, 1969) 176.

²⁹ Ver el libro de Beatriz González Stephan, *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* (La Habana: Casa de las Américas, 1987).

³⁰ Para un estudio detallado del concepto de campo literario, ver el libro de Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (Traducción de Thomas Kauf) (Barcelona: Editorial Anagrama, 1995).

distribución de un capital cultural.³¹ Tiene mucho que ver con esto la capacidad de leer y escribir, así como el acceso o falta de acceso que tienen distintos sectores sociales a la alfabetización. Henríquez Ureña construye un canon de la literatura hispanoamericana como parte del proceso de democratización que ya vimos en una etapa incipiente en la ensayística martiana, y que luego cobra fuerza a raíz de la Reforma Universitaria. Su manera de democratizar la cultura no coincide con la que se podría postular hoy, pero no por ello deja de tener valor en el momento en que se produjo. Consiste en organizar y jerarquizar una serie de textos de la cultura letrada que más tarde se habrían de difundir mediante la enseñanza, tanto en escuelas secundarias como en universidades, y a la cual tendrían acceso también los sectores medios emergentes. Esa estrategia democratizadora ya está presente en un texto cuyos ecos martianos son considerables. Me refiero a “La utopía de América”, publicado en 1925.

Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.³²

Además, no hay que olvidar que la educación popular se convierte, en estas primeras décadas del siglo XX, en una práctica gubernativa de muchos países hispanoamericanos (Rama, 155).

En los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* se constituye un mapa peculiar de la literatura hispanoamericana mediante una serie de operaciones que podríamos llamar *traslados*. El territorio del libro se divide en dos grandes secciones: “orientaciones” y “figuras”. En la primera parte se ejecutan las tres actividades fundamentales de la carrera o profesión literaria que forma parte de los campos literarios modernos: la teoría, la historia y la crítica. En “El descontento y la promesa” se hace una reflexión teórica acerca de la literatura hispanoamericana; en “Caminos de nuestra historia literaria” se esboza una historia de esa producción, y, en el tercer ensayo, “Hacia el nuevo teatro”, se hace crítica de un género en particular, tanto en Hispanoamérica como en el exterior.³³ Reflexionar y abstraer, periodizar y enjuiciar son, entonces, las tres actividades que se despliegan aquí, y que son imprescindibles en la constitución de un campo literario autónomo. En el caso de la Argentina, esa autonomía ya se venía gestando, antes de la Reforma Universitaria, con la creación,

³¹ *Cultural Capital. The Problem of Literary Canon Formation* (Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1993) 15-19.

³² *La utopía de América* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978) 6.

³³ “Caminos de nuestra historia literaria” aparece inicialmente en la revista *Valoraciones* de La Plata, en 1925; publicación que dirigía el profesor de filosofía Alejandro Korn. “El descontento y la promesa”, en cambio, salió en *La Nación* en 1926. Ver Henríquez Ureña de Hlito, 110-113.

en 1896, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Julio Ramos nos recuerda que esa Facultad se crea un año después de producirse una reorganización de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales que tiene como resultado la “expulsión” de las letras de su dominio.³⁴ Pocos años después, a lo largo de la década del veinte, se publica lo que más tarde será *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*: libro en el que desemboca la incipiente autonomía de las letras que se produjo en la Argentina en los últimos años del siglo XIX. Ramos ve en esa autonomía un indicio del momento en que las prácticas intelectuales comienzan a constituirse fuera de la política y, en parte, opuestas al Estado.

Volviendo a la distribución de los *Seis ensayos...*, la segunda parte —titulada “Figuras”— se dedica al estudio de tres escritores mexicanos: Juan Ruiz de Alarcón, Enrique González Martínez y Alfonso Reyes. En los márgenes que fue adquiriendo el libro en sus sucesivas reediciones, se añaden dos apartados: uno dedicado a la Argentina y un segundo —que se denomina mediante la expresión deslindante “Panorama de la otra América”— dedicado a la literatura de los Estados Unidos.

El recorrido de lectura de los *Seis ensayos* va desde el espacio amplio de los problemas y debates de la literatura hispanoamericana hasta la otra literatura. Si se viera desde una perspectiva martiana, esa trayectoria abarcaría desde “Nuestra América” hasta la tierra del “vecino formidable”. El proceso de lectura de este libro es análogo al recorrido de la mirada por un mapa. (De ahí que la primera sección tenga como título “Orientaciones”). El sujeto ensayístico orienta a sus lectores haciéndolos viajar entre las literaturas nacionales de Hispanoamérica, sin privilegiar una de ellas como punto cardinal o de referencia.

El sujeto, además, efectúa una serie de traslados que se evidencian en la manera en que se distribuyen los ensayos a lo largo del libro. En este libro publicado en la Argentina, se acerca a los autores lejanos: en particular, a los mexicanos Alfonso Reyes (quien se desempeña como embajador de México en Buenos Aires de 1927 a 1929) y Enrique González Martínez. De igual modo, mediante un argumento traslaticio (más metafórico que lógico) se aproxima a Juan Ruiz de Alarcón a la literatura hispanoamericana al “convertirlo” en autor mexicano. La incorporación de Ruiz de Alarcón también le permite establecer otra periodización en su historia literaria. Así, la literatura hispanoamericana no surgiría con la independencia, sino antes: en el período colonial. El sujeto también distancia a los escritores cercanos (a los argentinos) al colocarlos en los márgenes o casi postrimerías del libro.

“Camino de nuestra historia literaria” contiene un pasaje emblemático de esta cartografía literaria.

³⁴ Ver el capítulo “Fragmentación de la República de las Letras” en Ramos, en particular pp. 57-71.

La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó.³⁵

Se observa aquí la formulación de un canon, no sólo en la selección, sino también en la construcción perifrástica que denota obligatoriedad y en el énfasis en la creación de un centro o eje.³⁶ Se trata claramente de una “homosociedad”: una lista o grupo de *hombres o pares* que —en su gran mayoría— se han destacado en el terreno del ensayo y la prosa expositiva.³⁷ Las obras de estos seis autores tienen en común el ser —en mayor o menor medida— literatura edificante, androcéntrica en la prioridad que le otorga a la formación nacional o continental. (Esto incluso se aplica a un libro de la complejidad de *Cantos de vida y esperanza* de Darío). Con la excepción del ecuatoriano Juan Montalvo, todos los escritores restantes forman parte integral del canon de la literatura hispanoamericana. Algo más que enlaza a todas estas figuras es el hecho de que en algún momento se exiliaron y desarrollaron una gran actividad intelectual en el extranjero. Algunos de ellos —Sarmiento, por ejemplo— concibieron proyectos de literatura nacional en el exilio. No son pocas las ausencias que hay en esta lista de autores consagrados: hay una ausencia total de escritoras, y faltan también, en sentido estricto, novelistas. Se silencia así mismo, al igual que en otros textos críticos de Henríquez Ureña, la producción literaria de vanguardia que rodeaba al crítico dominicano tanto en los países hispanoamericanos como en la ciudad de Buenos Aires. La opinión poco favorable que le merece la vanguardia en “El descontento y la promesa” nos ayuda a entender el mapa que traza en esta lista canónica.

El arte y la literatura de nuestros días apenas recuerdan ya su antigua función trascendental; sólo nos va quedando el juego...Y el arte reducido a diversión, por mucho que sea diversión inteligente, pirotecnia del ingenio, acaba en hastío (OC, 253).

La necesidad de realizar estos traslados que configuran el mapa de la literatura hispanoamericana ya se insinúa en un ensayo temprano que publicó Henríquez Ureña —en colaboración con Arturo R. de Carricarte— en la *Revista Crítica* en Veracruz, México, en 1906.

³⁵ En Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981, primera reimpresión) 255. Abreviaré: OC, seguido del número de página.

³⁶ Ese énfasis en un eje es semejante a lo que plantea Arcadio Díaz Quiñones como característica de varios textos de Henríquez Ureña: la presencia de unos precursores fuertes que los textos privilegian. Ver “Pedro Henríquez Ureña: modernidad, diáspora y construcción de identidades” en Gilberto Giménez y Ricardo Pozas H. (coordinadores), *Modernización e identidades sociales* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1994) 64.

³⁷ Pocos años antes, en 1924, Gabriela Mistral, exiliada en México, formula un canon paralelo en sus *Lecturas para mujeres*. Se trata de un proyecto semejante de democratización y difusión de la alta cultura.

Quien pretenda estudiar con espíritu analítico, o ya por simple curiosidad crítica, el movimiento intelectual, poderoso y brillante, que existe realmente en toda la América de origen español, desde la grandiosa Argentina hasta las modestas Antillas, se encontrará con un singular fenómeno: la absoluta carencia de relaciones entre unos y otros países, el total desconocimiento que acerca de las *naciones hermanas* tienen hasta las más inmediatas en vecindad geográfica.³⁸

Este deseo de fomentar las relaciones entre los países hispanoamericanos a través de un mejor conocimiento de su actividad intelectual es la manera en que se manifiesta en la obra ensayística de Henríquez Ureña la retórica de la concordia familiar que se subrayó en Martí.

Habría que preguntarse si hay diferencia entre Henríquez Ureña y los letrados decimonónicos o los escritores finiseculares —entre los cuales se encuentra Martí— que le asignan una función edificante a la literatura, y a los cuales nos remite, en gran medida, la lista citada en “Camino de nuestra historia literaria”.³⁹ Esa diferencia habría que buscarla en la posición que ocupa el sujeto ensayístico de estos textos. En los *Seis ensayos*, el sujeto mantiene una relación contradictoria —tensa— con el emergente mundo moderno que lo rodea. Por un lado, acepta y hasta exalta la nueva división del trabajo intelectual: a diferencia de Próspero en el *Ariel* de Rodó, este sujeto asume la especialización o profesionalización de la literatura que se ha producido en los últimos años, en particular, en el Río de la Plata. Comenta en “El descontento y la promesa”: “Ahora, en el Río de la Plata cuando menos, comienza a constituirse la profesión literaria. Con ella, debieran venir la disciplina, el reposo que permite los graves empeños” (OC, 252). Por otro lado, ese sujeto se resiste a otorgarle a su objeto de estudio —la literatura— otro valor que no sea el puramente espiritual. A lo largo de los *Seis ensayos* la cultura y la literatura son, al igual que en el *Ariel*, actividades fundamentalmente *espirituales*: “¿El hombre del futuro seguirá interesándose en la creación artística y literaria, en la perfecta expresión de los anhelos superiores del espíritu?” (OC, 252).

De cierto modo, su dilema es el de muchos intelectuales de las primeras décadas del siglo XX, entre los cuales se encuentran, por cierto, un destacado teórico del ensayo, Georg Lukács, así como Antonio S. Pedreira, otro ensayista caribeño. El dilema surge cuando se trata de insertar la cultura o la literatura —algo cuyo valor es fundamentalmente cualitativo— en la sociedad moderna regida por valores cuantitativos.⁴⁰ Es éste uno de los muchos problemas y

³⁸ Ver Pedro Henríquez Ureña y Arturo R. de Carricarte, “La intelectualidad hispanoamericana”, reproducido en *Casa de las Américas*, (La Habana) 24.144 (1984): 30, subrayado mío.

³⁹ Ramos, 70, establece una distinción entre los letrados decimonónicos y los escritores finiseculares que radica en el modo diferente de relacionarse el intelectual, el poder y la política.

⁴⁰ Sobre este conflicto, resultan útiles las observaciones de Michael Lowy:

Los intelectuales, los escritores, poetas, artistas, teólogos, sabios, etc., *viven en un universo regido por valores cualitativos*....Muchos intelectuales se encuentran, pues, por así decirlo,

desafíos que sigue planteando la obra de este escritor caribeño errante que tanto tuvo que ver con el proceso de constitución de una crítica sobre la literatura hispanoamericana.

Juan G. Gelpí
Universidad de Puerto Rico

natural, espontánea, orgánicamente en contradicción con el universo capitalista, regido rigurosamente por valores cuantitativos, valores de cambio.

Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács. 1909-1929 (Traducción de María Dolores de la Peña) (México: Siglo XXI, 1978) 21, en bastardilla en el original.